



ARDENIA.

PRIMERA PARTE.

CRuxan los exes Celestes,
y la superior esfera,
que puebla el edifico manto
de diamantinas Estrellas,
cuya bordadura hermosa
inunda toda la tierra
de resplandores, y luces,
dando á Flora, y á Amaltéa
aliento para que en flores
vistosos pensiles texan,
y exercitos numerosos,
para que asi contrapuestas
las Estrellas, y las flores
en militares contiendas,
duden todos los vivientes,
si equivocada la esfera,
producen rayos las flores,
ó fragancia las Estrellas.
Pero en la ocasion presente
vistase de nubes densas,
arrastre negros capuces,
y despoblada la tierra
de sus hermosos verdores,
abriendo funestas grietas,
aborte de sus entrañas
las mas inauditas fieras
al escuchar de mi voz
la mas enorme tragedia,
la crueldad mas horrorosa,
que se escribe ni se cuenta
del mas inhumano pecho,
de la mas ingrata fiera,
de el monstruo de la crueldad,
con quien no hacen competencia
ni Nerón, ni Diocleciano,
ni todos los que vocea
en trompas roncas la fama
de crueldades, y tragedias,
pues todos son una sombra
con lo que dirá mi lengua,
si es que para proseguir
un rato atencion me prestan,
y me concede su gracia
la Divina Omnipotencia, Di-

Digo pues que en la Moscovia
nació un Principe, que era
unico, y solo heredero
de su Corona suprema.
Desde su primera edad
de sus crueldades dá muestras,
aunque su Padre prudente
con magestad le refrena;
pero llegando á la edad
de las juveniles fuerzas,
corria precipitado
de los vicios por la senda,
siendo crueldad, y rigor
quien dirige sus potencias.
Pero el Rey su Padre entonces,
por vér si asi le refrena,
trató en fin de darle estado
con una hermosa Princesa,
que es virtud el Matrimonio,
que ingratos vicios refrena.
Dispusieronse las bodas
con regocijos, y fiestas,
y ya con el nuevo estado,
de su quietud daba muestras;
mas su corazon cruel
siempre en su pecho reserva.
En este tiempo su Padre
pagó el tributo, que heredan
todos los hijos de Adán,
pasando à mejor esfera.
Quedó Rugero reynando,
que aqueste su nombre era,
y en la Princesa su esposa,
ya coronada por Reyna,
tuvo una lucida Infanta,
desgraciada, como bella,
pues de su parto feliz
murió su Madre la Reyna,
Sintió este pesar Rugero,
y le guardó de manera,
que aunque de distintos Reynos
le ofrecian las Princesas,
no quiso tomar estado,
solo su consuelo era
el mirar su hermosa hija,
el vér su hermosa Princesa,
cuya divina hermosura
admira, pasma, y eleva.
Llegó á edad de quince años
nuestra bellisima Ardenia,
el Rey su Padre dispuso
para su dia unas fiestas
de sortijas, y torneos,
viniendose à hallar en ellas
de patricios, y estrangeros
mucha copia, de manera,
que este dia la Moscovia
confusa belleza obstenta.
Es el Réy mantenedor,
y la hermosisima Ardenia
ocupaba un corredor,
ó blanco todo de estrellas
tachonado, y esmaltado
de oro finisimo, y piedras,
con la copia de sus Damas,
de Cupido dulces flechas.
El Rey entró por la Plaza
sobre un Caballo, que era
bello Pegaso de nieve,
con jaéz de fina tela,
bordado de pedreria,
y de finisimas perlas.
Lleva el freno, y herraduras
del metal, que Arabia engendra,
á lo Francés vá vestido,
y en el brazo izquierdo lleva
el adarga con las armas
de Moscovia la opulenta,
y mas abaxo pintada
lleva una encendida hoguera,
que produce de cenizas,
diciendo el mote, ó la letra,
con el nombre equivocado:
Arde én cenizas la hoguera. Dió

Dió un paseo por la plaza
con magestad, y grandeza,
Siguen los Aventureros,
y empezada la carrera,
oyeron de la otra parte
otros écos de trompetas.
Entró en la Plaza un mancebo
de notable gentileza
sobre una vistosa Pia
tan en summamente bella,
que era el hechizo de toda
la Moscovita Nobleza.
A lo Ungaro vestido,
todo bordado de perlas,
una adarga diamantina,
y llevaba por empresa
la Diosa de la fortuna,
y un Joven con gentileza
en su regazo dormido,
y dice luego la letra;
Hijo soy de la fortuna,
y es bien que descanse en ella.
Pidió licencia, y entró
con los demas en la tela,
siendo el objeto de todas
las Damas, y la Princesa.
Cinco premios se llevó,
y acabada la carrera,
se llegó con su caballo
al balcon de la Princesa,
y con grande cortesia
los cinco premios presenta.
Ardenia los recibió,
mas le volvio en recompensa
su corazon abrasado,
y herido con las saetas
de ese rapacillo ciego,
que á tantos tiene en cadena;
pero la rabiosa envidia
de los naturales era
mina, ó volcan, que con leve
poco resquicio rebienta.

En fin con corto motivo
romper el seguro intentan,
y el forastero se escusa
con palabras muy modestas,
mas viendo, que ya parece
cobardia con soberbia
echando mano á la espada,
acometió de manera,
que era un rayo desatado
de aquesa region etherea.
El Rey, que á este tiempo havia
desocupado la tela,
volvió á salirá la Plaza;
con que bastó su presencia,
Informose del suceso,
y luego mandó prendieran
los que havian quebrantado
de su seguro la fuerza,
llevandole al forastero
á Palacio donde à Ardenia
con su vista creció el fuego,
que en su corazon alienta:
pero su mucho recato
la tiene muda, y suspensa.
El Rey dixo al forastero:
De qué Patria, ó de que tierra
eres, dime, ó que fortuna
te ha traido á aquesta tierra ?
El cortés, y agradecido,
le dice desta manera:
Es mi nombre Segismundo,
naci en Ungria la bella,
soy segundo de mi casa,
que es de notoria nobleza,
y por precisos motivos
dexar á Ungria fue fuerza,
y seguir del fuerte Marte
las Militares Vanderas.
Tuve noticia, Señor,
de aquestas celebres fiestas,
de curiosidad movido
me he venido à hallar ë ellas. Per-

perdoname, si he ofendido
tu Magestad, y grandeza.
Ofenderme, porqué causa?
Antes decirte queria,
que oy en Moscovia te quedes
à expensas de mi grandeza,
y pide lo que quisieres,
que tu urbanidad me empeña.
Hincó al punto la rodilla,
y dixo: Señor, pues sea,
que concedais el perdon
à losque por mí prendieran?
El Rey le dixo: Esa accion
acredita tu nobleza,
Digo que yo losperdono,
y que descanses esfuerza.
Quedose en fin en Palacio,
cumpliendo con tal prudencia,
con tal acierto, y cordura
en todas las dependiencias,
que era el archivo del Rey,
y Athlante de su grandeza,
su Consejero mayor,
amado de la Nobleza,
respetado de la Plebe,
y temido de la tierra.
Adonde lo dexaremos
en esta parte primera,
ofreciendo la segunda
de esta historia verdadera.

Con licencia: En Cordoba en la Imprenta de
D. Juan de Medina, y San-Tiago
Plazuela de las Cañas.



ARDENIA.

SEGUNDA PARTE.

DExé en la primera parte
con magestad, y grandeza
á el heroyco Segismundo
en su privanza, que era
en la Moscovia estimado
por su virtud, y prudencia.
Dexemosle en el Gobierno,
y vamos á la Princesa,
que abrasada en vivas llamas,
de esta manera se quexa:
Qué es esto, desdicha mia?
Qué es esto, que me atormenta?
No soy Ardenia? No soy
de la Moscovia heredera?
No aspiran á mi hermosura,
á mi Corona, y grandeza,
tanto Principe de Europa,
sin que ninguno merezca
en mi pecho, ó mi memoria
un atomo de fineza?
Qué es fineza? Ni un agrado,
ni cosa que menos sea.
Pues como un advenedizo
de lexas, estrañas tierras
ha rendido de mi pecho
la incontrastable soberbia?
Mas ay de mi! Su valor,
su discrecion, su agudeza,
su persona, compostura,
talle brio, y gentileza,
asaltando el corazon,
no fue mucho se rindiera
á tan valientes Soldados,
quando por Caudillo llevan
el Amor. Pero qué digo?
Vuelva la voz, vuelva, vuelva
á las carceles del pecho,
y aprisionada en cadenas,
muera en perpetuo silencio,
y para que mejor pueda
vengarme deste tyrano
ciego Dios, que me atormenta,
yo misma he de dar remedio
á tan tyrana soberbia.
Con esta resolucion,
con notable ligereza
á el quarto del Rey su Padre
partió, postrandose en tierra.
El Padre la recibió,
y dice: Querida Ardenia,
parece que tu semblante
de algun pesar me dà muestras,
dime: qué dolor se atreve
á eclipsar tus luces bellas?
Ella responde: Señor,
lo que mi pesar alienta,
es vér, que todo tu Reyno
te murmura de que pueda
en ti tanto la pasion,
que á un Estrangero le entegas
lo mejor de tu privanza,
de que quexosos se muestran
los Principes, y Señores,
Athlantes de tu grandeza.
El Rey dixo: No prosigas,
y porque tu enojo veas,
que procede por faltarte
noticia de quien él sea;
desde oy quiero que te asista,
y asi hablará la experiencia.
Despidióla, y al instante
à Segismundo le ordena,

que

que Mayordomo mayor
vaya à ser de la Princesa.
Obedeció Segismundo,
y fue á vér á la Princesa,
diciendo: Señora mia,
el Rey vuestro Padre ordena,
para mayor dicha mia,
que yo asista á vuestra Alteza,
Ardenia quedó turbada,
sin poder darle respuesta,
y sus hermosas mexillas
parecen de coral hechas,
batallando á un mismo tiempo
el amor, y la verguenza;
mas como siempre el amor
imposibles atropella,
del castillo del recato
rompió las cerradas puertas,
pues dentro de pocos dias
llegó á declararse Ardenia,
y Segismundo tambien,
creyendo desta manera,
reciprocamente unidos,
que eran sus pechos dos ethnas.
Por mitigar tanto ardor,
entre los dos dispusieran
el casarse de secreto,
y desta suerte lo ordenan.
Dispusieron una caza,
y que se perdiera en ella,
Ardenia con Segismundo
se juntasen, dando quenta
á un leal criado suyo,
para que él lo dispusiera.
Perdióse en fin, y el criado
la llevó con gran presteza
donde le lleva su amante;
y asi que con él la dexa,
á una Aldéa alli vecina
fue, y al Cura le amonesta,
que viniese á socorrer
(porque un alma no se pierda)
à un Caballero, que alli
dexó herido en la floresta
dióle en fin unos escudos,
y partió con ligereza
donde estaba Segismundo,
fingiendo sobre la tierra
el que estaba mal herido,
y con lagrimas Ardenia,
asi que llegó, le dice:
Padre mio, yo quisiera,
porque á esa Dama le debo
obligacion verdadera,
viendo mi ultimo trance,
el desposarme con ella.
Eso me parece bien,
y luego al punto les echa
la bendicion, y casólos,
entonces le dice Ardenia:
Tomad Padre esos doblones,
y volvereis á la Aldéa
á traer gente, y llevar
á mi esposo, por si pueda
tener remedio su vida.
Con notable ligereza
se partió el bueno del Cura,
y ellos al punto se ausentan.
Se volvieron á Moscovia
gozosos de tal empresa;
pero la cruel fortuna
en breve se les revela,
y fue el caso, que á Moscovia
con sus cartas de creencia
llegaron Embaxadores
de la Prusia, que pidieran
la Princesa por esposa
del Principe de su tierra,
y de aquesta pretension
á la Princesa dió quenta
el Rey su Padre, y turbada,
deshecha en lagrymas tiernas,
á su Padre le responde,
q̃ no ha de dexar su tierra,

pues

pues saliendo de Moscovia
sería su muerte cierta.
Pero en aquesta ocasion
suspendió esta diligencia,
porque al Rey vino noticia
de como se le revela
con unos fieros tumultos
una Ciudad, y fue fuerza,
que fuera el Rey en persona,
y entre tanto que volviera
nombró por Gobernador
á Segismundo, y apenas
el Rey salió de la Corte,
viendo su desdicha cierta,
dispusieron que la fuga
sea el remedio á su pena.
Recojen todas las joyas,
oro, plata, y dando quenta
tan solamente á Violante,
que es ama de la Princesa,
su fiel criado, y tambien
á una principal Doncella.
Se apercíben à la fuga,
lograndole de manera,
que á la gran Ciudad de Praga
llegaron con ligereza,
donde estos tiernos amantes
se echán á los pies del Cesar.
El Cesar les prometió
el ampararlos, y hospeda
conforme á su calidad
con magnifica grandeza.
Pero volviendo á Moscovia,
que asi que el Rey dió la vuelta,
ya sosegado el tumulto,
y oyó la infelice nueva
no hay Tygre, no hay Leon fiero,
que se iguale á su fiereza:
echa rayos por los ojos,
brotando ardientes centellas;
y aunque el Cesar procuró
sosegar llama tan fiera:
con otros Principes grandes,
no valió su diligencia,
en espacio de ocho años,
en los quales la Princesa
tuvo dos bellos infantes,
retratos de su belleza.
De todo tiene noticia
el Rey, y mas se desvela
aquel corazon cruel
á su venganza sangrienta:
maquinó una alevosia
a mas enorme, y soberbia,
y fue fingir, que sentia
de la Princesa la ausencia,
y de sus queridos nietos,
fingiendo lagrymas tiernas.
Mas (ó fiero Cocodrilo,
quién tus lagrymas creyera!)
Con que con esta noticia,
volviendo á escrebir el Cesar,
y los Principes amigos,
les permitió que volvieran,
y para mayor engaño
envió muchas preséas
de joyas, y de dineros,
mandando en todas sus tierras
los reciban con aplausos,
con regocijos, y fiestas.
Llegan en fin á Moscovia,
y á recibirlos salia,
abrazando à Segismundo,
sus nietos, y á la Princesa
hizo muchos regocijos
toda la Plebe, y Nobleza,
Y pasados pocos dias,
le envia à decir á Ardenia,
que le enviase los nietos,
para que lo divirtieran:
llevalos en fin el Ama,
el Criado, y la Doncella,
los complices en la fuga,
y llegando á su presencia,

aquel

aquel sangriento Leon
ya prevenidos tuviera
unos sangrientos verdugos,
y sin tener resistencia
cogió los tiernos Infantes,
y con sus manos sangrientas
les dió muchas puñaladas,
sin atender à las quexas
de aquellos Angeles bellos,
que dicen con voces tiernas,
y con doloroso llanto
Abuelo mio clemencia:
Porque nos matas, porqué?
Qué te hizo nuestra innocencia?
Pero él, mas fiera horrible,
de sus heridas sangrientas
bebe la innocente sangre,
diciendo: Esta me refresca
los ardores de la ira,
que mi cruel pecho engendra.
Entre tanto los Verdugos
á el Ama, y à la Doncella
y á el Criado dán garrote:
Jesus, qué cruel sentencia!
Puso los cinco difuntos
en una sala, y ordena,
qne llamen á Segismundo,
que ignora traycion tan fiera,
por la senda de la muerte
llegó con planta ligera,
pero entrando por la sala,
y mirando tal tragedia,
á eclipse tocó la vista,
y el corazon titubea.
Al instante lo agarraron.
porque no se resistiera,
y el Rey con sus propias manos
le dió la muerte sangrienta.
A Ardenia mandó llamar,
y llegando á su presencia,
duda lo mismo que mira,
teme lo mismo que observa;
alli vé á su esposo muerto,
alli á sus hijos lamenta;
no sabe qual es mayor
una pena, ú otra pena:
no puede llorar, ni hablar,
que embargadas las potencias,
impide el llanto á los ojos,
la voz le impide á la lengua.
Hablóle el Rey cariñoso,
y dixo: querida Ardenia,
sola tú quiero que reynes,
que eres de mi sangre mesma.
Oyendo aquestas razones,
tanto se enfureció Ardenia,
que con el mismo puñal,
que tiene en la cinta fiera
le dice: Padre traydor,
asi pagarás mi ofensa.
Y con presteza no vista,
le dió una herida tan fiera,
que el cuerpo quedó sin alma,
y atrevida, ya resuelta,
mirando á su esposo dice;
Pues Segismundo se obstenta
en mejor Imperio, es bien
el que con él muera Ardenia;
y en el cristal de su pecho
á la muerte le abrió puerta,
para que en el mundo sirva
de escarmiento, y advertencia.
Con que todos procuremos
dirigir nuestras potencias
al bien, asi lo logremos
para que en dulces cadencias,
viviendo siempre con paz,
consigan todos la eterna.
Y aqui remata Bermudo
aquesta infausta tragedia.

Con licencia: En Cordoba en la Plazuela de las Cañas.